

Carta de Brasil

Brasilia: una ciudad sin museos y con políticos

Horacio Costa

Un fin de semana en la Capital Federal ha motivado las observaciones que siguen sobre esta ciudad. Brasilia tiene una mística propia y no deja de ser una ciudad agradable para una parte de los habitantes que viven en ella. Entendámonos sobre estos dos tópicos. En cuanto a la mística propia, se debe al hecho de ser la capital de los brasileños edificada hace cuarenta años, tras haber tenido, durante dos siglos, una existencia de papel. En realidad, en cuanto a su origen, Brasilia es un proyecto iluminista que toma forma, lo que no es sorprendente, en el auge de la vanguardia internacional en versión local. Fue concebida en la época de la *Inconfidência Mineira*, por aquellos colonos insurgentes —en Minas Gerais— contra la administración portuguesa, imbuidos tanto de filosofía francesa como del éxito de la Revolución Americana. Propugnaron un cambio de la capital de las zonas marítimas hacia el interior del país, tanto por razones estratégicas, explicables en el caso de una época en que Río de Janeiro podría ser asediada desde el mar por la armada portuguesa, como también por la visión de que, para que Brasil pudiera estructurarse como país sería necesaria la ocupación de su gran masa territorial desde el interior.

A pesar de que la *Inconfidência Mineira* haya sido aplacada a hierro y fuego, la idea de que la construcción de la capital del país independiente debería localizarse lejos del mar, creció en importancia: ya en 1823 José Bonifacio de Andrada y Silva, el poderoso primer ministro de Pedro I, recomienda la construcción de la nueva capital, sugiriendo el nombre: Brasilia. El proyecto es incorporado en la constitución republicana de 1891; su realización, en la medida en que las diferencias regionales entre las economías del Nordeste y del Sur se aguzaban, se hacía imperioso. Cuando Juscelino Kubitschek, ayudado por la bonanza económica de la posguerra y escudado por un expresivo margen electoral, propuso cambiar la capital de Río y edificar la soñada capital de todos los brasileños, pocos fueron, salvo los cariocas acostumbrados a los beneficios de la proximidad con el poder, los que discreparon de su decisión.

En cuatro años, la ciudad fue levantada siguiendo un proyecto originalísimo de Lúcio Costa, el urbanista corbuseriano que ganó el concurso

público celebrado en 1956, y ya en 1960, más exactamente el día 22 de abril, fecha del 460 aniversario del descubrimiento del Brasil, fue realizada la primera transmisión en directo, y de larga distancia, desde la meseta central, para, con un espíritu épico, mostrar a los brasileños poseedores de una televisión la primera misa en la mítica capital que se inauguraba. Me acuerdo bien de eso. Tenía cinco años y mi padre aún vivía: en la biblioteca de casa, en el barrio de la Aclimação, en São Paulo, hizo que todos nos situáramos frente al aparato de TV, dando ejemplo. Se trataba, de hecho, de una verdadera refundación, una fundación definitiva de la patria. Kubitschek, que no era bobo, y la Iglesia católica, que nunca lo fue, sacaron el mayor provecho del acontecimiento. La sencilla cruz de madera, a cuyos pies se ofició la misa, se encuentra hoy en lugar destacado de la catedral de Brasilia, una verdadera joya de la arquitectura, proyectada por Oscar Niemeyer.

Como esta anécdota permite suponer, la inauguración de la Capital Federal se dio en un ambiente popular de alta emotividad, y caracterizó uno de los pocos momentos de verdadero consenso nacional a lo largo de nuestra historia marcada por disensiones interregionales.

Apenas estabilizada la idea de otorgarnos una nueva capital nacional, cuatro años después la ciudad proyectada para funcionar en el contexto de una sociedad igualitaria, o el camino de resolver sus crónicos problemas de esquizofrenia social, sufría el primer golpe, con la llegada de los militares en 1964. En el caso específico de Brasilia, este golpe de Estado fue aún más simbólico que real: la ciudad construida para unir a los brasileños revelaba su terrible rostro al pasar a representar el lugar en el cual se llevaban a cabo los procesos, a partir de los aparatos de inteligencia y control en ella localizados; el de la división (para comenzar, la de los ciudadanos llamados normales y la de los «subversivos», todos aquellos que por una razón u otra criticaban al régimen).

A cuarenta años de su fundación, la mística de Brasilia se invirtió. Quizás suceda aquí lo mismo que en cualquier país: si catalanes y vascos tienen en común la aversión por Madrid, de igual manera los habitantes de ciudades tan dispares como Bombay y Los Ángeles rechazan las capitales de la India y de los Estados Unidos. En resumen, tal vez toda federación esté inclinada a tener su centro constantemente escrutinado y repelido por los habitantes de regiones que sienten disminuido su poder por la administración central, y no se pueda nunca acabar con esta condición. No somos excepción a esta regla: con razón o no, casi todos los brasileños (especialmente los del Sur, ciertamente) guardan resentimiento con relación a Brasilia; algunos no lo tienen, y aquí entramos en el segundo de los tópicos.

En lo que se llama el «Plano Piloto», esto es, en la ciudad proyectada por Costa y embellecida por Niemeyer, la cualidad de los servicios urbanos es sorprendentemente alta. En todas partes hay jardines y gran número de árboles, lo que ayuda a minimizar los efectos del sol fuerte que luce la mayor parte del año. Sin problemas de tránsito ni de polución atmosférica o visual, la población del Plano Piloto puede gozar en cualquier momento del día no sólo de las vistas sino también del fácil acceso al lago artificial que la circunda, en cuyos márgenes fueron construidos *clubs* de ocio y de deporte. La población es variada y, como era de esperar, allí viven ciudadanos originarios de todos los estados del país componiendo un colorido mosaico. Finalmente, al contrario de todas las capitales brasileñas, en mayor o menor escala afectadas por el crecimiento de la violencia urbana, Brasilia aparece como un oasis de tranquilidad, y sus tasas de muertes violentas se cuentan entre las menores del país (es, sin embargo, un lugar de suicidas: los brasilienses, que se matan poco entre ellos, se suicidan en número alarmante).

En el Plano Piloto se vive bien, sin duda, y más o menos de acuerdo con lo preconizado por el proyecto original de la ciudad. En esta carta no quiero desarrollar el tema del contraste entre los habitantes de este oasis burocrático frente a las condiciones que predominan en la población que habita las denominadas «ciudades satélites», las cuales se abren a otra mitad del millón de habitantes de la Capital Federal. En este cordón de ciudades-dormitorio, construidas sin ningún plano urbanístico, vive en su mayoría el segmento pobre de la población brasiliense, los que prestan servicio a mitad de precio. Erróneamente se creó el hábito de referirse a estas ciudades como ejemplos del «Brasil real», como si Brasilia no lo fuese, como si la Capital Federal existiese apenas en una especie de *wonderland*. La expresión me parece acentuadamente infeliz, porque excluye de Brasilia su primera cualidad: la de haber sido realizada, la de ser, por fin, *real*. Ciertamente, debido a su fuerza de mito generador, Brasilia no puede ser destituida de su identidad, la de ser la capital administrativa de un gran país y la de haber sido realizada como un proyecto nacional alentado por varias generaciones; cualquier intento en este sentido peca de miopía cuando no de negación infantilista.

Es por tanto, sobre el Plano Piloto que incidirá mi crítica, y es apenas una de las muchas que podría hacer. Además de las pocas informaciones que aquí he desarrollado, tal vez sea necesario recordar que Brasilia, *grosso modo*, tiene la forma de un pájaro con las alas abiertas: en ellas se dispusieron las zonas de viviendas y de servicios, y en el cuerpo del ave se sitúa una gran explanada central de varios kilómetros de largo por varios cientos de metros de ancho: en ellas se localizan los edificios de la admi-

nistración federal. En la parte más monumental de esta explanada están los bloques de los ministerios, teniendo como punto focal el Congreso Nacional, cuya silueta gemela se volvió una de las imágenes más conocidas del Brasil. Detrás de la mole del Congreso, en una plaza menor y abierta por uno de los lados a la silueta de la meseta y del lago, están las sedes del Ejecutivo y el Judicial, la plaza de los Tres Poderes. La semiología no podría ser más preclara. Quien manda en el Brasil, parece decir el conjunto dispuesto por Lúcio Costa y proyectado por Niemeyer, es el pueblo representado, altanaramente, en el Legislativo.

Muy bien, *bravo, bravissimo*. La Explanada de los Ministerios, perfectamente ordenada, abriga la élite de los funcionarios públicos del país. Su origen retórico-espacial remite a los grandes espacios administrativos proyectados por el poder en Occidente para su representación: recuerda el conjunto de las Tullerías y al Louvre; todavía, si quisiéramos, de manera más frágil y distante, remite a los espacios públicos de las capitales de los imperios de la antigüedad. Entretanto, en primer lugar, recuerda al «Mall» de Washington, proyectado por L'Infant para desempeñar funciones reales y simbólicas, y cuya simiente, de manera tan clara como en Brasilia, se encuentra en la idea del ágora ateniense, finalmente origen y raíz de todo.

Como dije, hay mucho que se puede criticar en la concepción de Brasilia: la excesiva compartimentación de las funciones urbanas, generadoras de monotonía; la división social por estratos, generadora de sutiles formas de segregación; la excesiva dependencia del transporte individual para los desplazamientos en las grandes distancias, resultado del trazado urbanístico, etc. «Brasilia no tiene esquinas», decían los primeros pobladores de la ciudad, los burócratas trasladados contra su voluntad desde Río de Janeiro, nostálgicos del bullicio de una ciudad «normal» y, además, portuaria. Estos temas, estas críticas ya fueron, por decirlo así, instituidas: de tan repetidas perdieron significado.

Hoy, Brasilia tiene vida nocturna, bares y restaurantes en abundancia, la compartimentación y la especialización del espacio se ablandaron y el recurso a un metro de superficie disminuyó la dependencia colectiva del medio de transporte privado; si la cuestión de las esquinas no puede ser resuelta, la insistencia de algunos en esta crítica un tanto alevosa (finalmente, ¿qué importancia tienen?), pasó a revelar, *tout court*, su actitud prejuiciosa.

De cualquier forma, fueron muchas las cosas que cambiaron y mucho el polvo que se asentó, pero Brasilia todavía no tiene museos. ¿Por qué? ¿Los tendrá algún día? Si estas preguntas no son retóricas, las respuestas sin duda son alarmantes. Antes de nada, conviene decir que el proyecto original preveía la construcción de al menos un museo —de arte moderno, lógi-